

NARRACIONES 2008 • Lorena Navarro – Josué Hernández – Joaquín Ávila

SANGRE BAJO METAL
Lorena Navarro Henríquez

AQUÍ VIVE GENTE
Josué Hernández Rodríguez

EL ORIGEN DE LA VIDA
Joaquín Ávila García

PREMIOS
DE NARRATIVA
CORTA
HNOS.
MILLARES CUBAS

BIG
860-3
NAV
san


UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
CONSEJO SOCIAL

8

COLECCIÓN
VERBOVIVO

⑥

SANGRE BAJO METAL
Lorena Navarro Henríquez

AQUÍ VIVE GENTE
Josué Hernández Rodríguez

EL ORIGEN DE LA VIDA
Joaquín Ávila García



SANGRE BAJO METAL
Lorena Navarro Henríquez

AQUÍ VIVE GENTE
Josué Hernández Rodríguez

EL ORIGEN DE LA VIDA
Joaquín Ávila García

PREMIOS DE NARRATIVA CORTA HNOS. MILLARES CUBAS
2008

Canaris



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
CONSEJO SOCIAL

Las Palmas de Gran Canaria. 2008

© Primera edición, septiembre de 2008:

Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
C/ Juan de Quesada, 30 - 35001 Las Palmas de Gran Canaria

© "Sangre bajo metal": Lorena Navarro Henríquez.

© "Aquí vive gente": Josué Hernández Rodríguez.

© "El origen de la vida": Joaquín Ávila García.

I.S.B.N: 978-84-96971-82-0

Depósito Legal: GC 947-2008

Diseño de la colección: MAT

Edición al cuidado de: Lothar Siemens Hernández.

Impreso en Gráficas Sabater

Para otorgar los premios de narrativa corta Hermanos Millares Cubas 2008, convocados por el Consejo Social y el Vicerrectorado de Cultura y Deporte de la ULPGC, se reunió a las 16 horas del 12 de junio de 2008 en la sede del Consejo Social el jurado compuesto por los siguientes miembros de la ULPGC: don Lothar Siemens Hernández, presidente en funciones del Consejo Social; doña Isabel Pascua Febles, Vicerrectora de Cultura y Deporte; los doctores doña Yolanda Arencibia Santana, doña María del Prado Escobar Bonilla y don José Luís Correa Santana, el miembro del Consejo Social don José Alonso Morales y, como ex-alumna de la ULPGC invitada, la doctora doña Isabel Saavedra Robaina, quienes tras deliberar y votar dieron como ganadores a los siguientes trabajos presentados: Primer Premio a “Sangre bajo metal”, presentado bajo el lema de “Venganza de una madre”, de Lorena Navarro Henríquez, estudiante de Trabajos Sociales; Segundo Premio a “Aquí vive gente”, de Josué Hernández Rodríguez, doctorando en Lengua Española y Lingüística, y Tercer Premio a “El origen de la vida” de Joaquín Ávila García, estudiante de Historia. Asimismo, dado el número y calidad de los trabajos presentados, el jurado recomendó la publicación en otro volumen de las narraciones presentadas por los finalistas 4º, 5º y 6º, previo acuerdo con los mismos.

SANGRE BAJO METAL

Lorena Navarro Henríquez

Llega un momento en la vida de toda mujer en el que se asesina a un hijo. Es en ese instante cuando sientes su respiración entrecortada bajo la palma de tu mano mientras agarras su garganta y te ases al cuchillo de cocina, cuando la emoción invade todo tu ser y solamente deseas cortar esa mirada inocente, tan similar a la de tu verdugo.

–Mamá... –gime, con un rostro desencajado por la incomprensión y la falta de oxígeno.

Y ese gemido suena a gloria, sabe a una cruenta victoria que deseas empapar de una vez por todas en sangre.

No puedes soportar más la espera de esos ocho años y lanzas el cuchillo sobre el pecho de tu hijo, con fuerza y firmeza. Es fácil, su piel es blanda. El metal se hunde y se funde con su carne mientras la sangre sale a borbotones. Tu traje blanco se tiñe del color rojizo que, según te susurraba Octavio todas las noches, tan bien te sienta y que fue producto de tu primera violación.

Realmente, no puedo asegurar que éste sea un momento que toda mujer desee vivir. La verdad es que en estos instantes me considero la única mujer del mundo que acepta este hecho como una obligación, como un deber. Al fin y al cabo, el niño acabaría por conocer la verdad, la razón por la que estaba aquí. Por eso soy una buena madre, porque únicamente le ahorro dis-

gustos y más abrazos con su padre, aquéllos que tanto me gustaban, porque forjaban cada vez más el amor por su hijo.

Descubro que ha sido incapaz de gritar, ni siquiera de dolor, cuando lo he atravesado con el cuchillo. Quizá porque bloqueo el aire que respira apretando su garganta; quizá porque está aterrizado y el miedo lo ahoga; quizá porque no puede creer lo que estoy haciendo: yo, su dulce y siempre protectora madre, le estoy robando la vida que durante todos estos años he cuidado. Seguramente se preguntará por qué, pero es demasiado pequeño para comprenderlo, no quiero martirizarlo con la terrible verdad en sus últimos segundos de vida.

Sin tener que emplear demasiada fuerza, saco el metal nuevamente de su pecho y doy de esta manera vía libre a la sangre. Mi otra mano libera su garganta y alargo el brazo para alcanzar mi abrigo. Con él lo tapo, lo protejo por última vez del frío de aquellos días. No quiero que tenga frío. No quiero que se lleve consigo esa sensación antes de morir.

—Buenas noches, cariño.

Y me doy la libertad de besar a esa personita que, por segundos, tiembla cada vez menos y lucha por alargar su vida inútilmente. Porque de algún modo he de agradecerle lo que está haciendo por mí: convertirse en el sacrificio que conseguirá tranquilizar mi alma después de tantos años y tantas noches en vela. Saciar mi sed, acariciar un mínimo consuelo de justicia.

Me levanto y me dispongo a salir de la habitación. Sin embargo, en el preciso instante en el que agarro el pomo de la puerta, me detengo. Es entonces cuando me ataca la incertidumbre y me pregunto si quedará un ápice de humanidad dentro de mí. Me giro y vuelvo hasta el cuerpo de mi hijo, me siento a su lado y acaricio su frente, como en aquellos días en los que lo cuidaba para que su fiebre bajara. Espero los pocos minutos que tarda en desangrarse y dejar de respirar, corroboro finalmente que,

quizás, sí. Que quizás sea posible que quede ese rastro de persona que creía desaparecido en mí. Al fin y al cabo permanezco a su lado hasta el final, lo consuelo en silencio y lo acompaño. Porque no hay muerte más triste que la sufrida en soledad y, ante todo, quiero que la de mi hijo no sea de esa clase.

Una vez más tomo su pulso y compruebo que ya su corazón ha dejado de latir; me decido a irme al fin de nuestra casa, o como yo en realidad la veo: la mansión de Octavio y de su hijo.

Tiro el cuchillo en el suelo, como quien se deshace de ocho años de su vida, y escucho, mientras echo un último vistazo a su cuerpo, el sonido metálico que hace al chocar contra el suelo de mármol gris, ahora decorado con un escarlata intenso y caliente. Respiro por última vez el aire de aquel salón y camino decidida hacia la puerta de la entrada.

Fuera, en el exterior, la brisa nocturna e invernal impregna mi rostro con la dulzura de aquellos días, propensos a defender la unión familiar y el amor por el prójimo. Estaría de acuerdo con todo esto de no ser porque ni siquiera tengo asimilada la idea de que el amor exista, o de que las familias, al menos esta noche, tengan otro fin aparte del de romperse o crearse para ser destruidas. En realidad, esta visión no es una excepción de esta noche solamente: ha sido la excepción de todas las noches desde el nacimiento de mi hijo Carlos y los nueve meses durante los que estuve embarazada.

Doy el primer paso hacia la calle, el primero que certificará que dentro quedan los silencios, los asentimientos nocturnos y sumisos, los abrazos envenenados y los planes largamente desarrollados. Porque planear no es fácil. Planear durante ocho años un asesinato no es ni mucho menos sencillo, siempre correrá el riesgo de derrumbarse por culpa de la piedad y la bondad, la sonrisa de tu hijo y el absurdo calor familiar. Es una vez que mi zapato se hunde en la nieve cuajada cuando siento realmente

que todo queda encerrado tras esa puerta, junto al cadáver de Carlitos. Es por ello que por primera vez en mucho, mucho tiempo, consigo suspirar con alivio, mientras mi alma se extiende relajada en el aire frío.

Una pisada sigue a la otra, dejando tras ellas pequeñas gotas rojas que escapan de la tela de mi traje blanco. Lamento entonces no tener la capacidad de convertirme en vaho para así impregnarme a las ventanas de la vivienda y poder espiar qué ocurrirá luego. Al fin y al cabo, esta noche me he convertido en una artista, pero no podré disfrutar del producto final de mi obra: los gestos desencajados de mi marido, Octavio, cuando encuentre a nuestro hijo muerto, su enorme cuerpo tembloroso por el pánico... Tampoco podré observar cómo las lágrimas se estancarán en su garganta, oprimiéndola, y cómo los llantos emergerán luego quebrados y cada vez con más fuerza, emocionados por la pesadilla que creará estar viviendo. Imaginándome todo esto no puedo evitar sentir que éste ha sido un resultado 'agridulce': finalmente consigo consumir la muerte que tantos años llevo planeando, destrozando la vida de Octavio, aunque no pueda disfrutar de todo esto.

Mientras ando sin rumbo y mis pies se hundan, el rostro de mi madre vuelve a reaparecer en mi mente, como uno de esos mensajes invisibles escritos con la cera de una vela cuando se le aplica el calor de una llama. La verdad, dudo realmente que, desde donde quiera que me esté viendo, sienta algo parecido al orgullo por la hija que parió un caluroso día de verano de hace veintitrés años, en medio de una plaga de langostas. De lo que sí estoy segura es de que yo he hecho menos daño a mi hijo del que ella me hizo cuando me vendió a Octavio, tan solo por el afán de cerrar unas cuantas bocas corrompidas por las habladoras y terminar por zanjar las malditas deudas, aquellas de las que todos los vecinos murmuraban: "Esa zorra de Carmen no tiene

donde caerse muerta, ni ella, ni sus hijos". Fue de esta manera capaz de contradecir el mito que perseguía a nuestra familia, que tan mala fama se había hecho ganar con los miembros de cada generación: la hija mayor de los Mendoza, con apenas quince años, había contraído matrimonio con Octavio Sarmiento, uno de los personajes más adinerados e importantes de la comarca. Ciertamente había sido una gran sorpresa, para la mayoría, nada agradable: de la noche a la mañana, y sin haberseles visto noviazgo alguno, aquel hombre se había casado repentinamente con una descendiente de la familia más despreciada de todo el pueblo.

Fue un secreto a voces: Carmen Mendoza había vendido a su hija, había agarrado el dinero y se había desvanecido como el humo de la pipa que fumaba a escondidas cada noche, junto con sus otros cuatro hijos. Nunca supe si vendería alguna otra de mis hermanas por el camino hacia su nueva vida. Realmente, la oferta ofrecida por Octavio fue ante todo beneficiosa para ambas partes del negocio: Carmen recibiría muchísimo dinero, su familia podría largarse al fin de aquel pueblo indeseable y, además, limpiaría al menos por encima el apellido; por otra parte, Octavio Sarmiento ahogarí las amenazas de aquella mujer, que pretendía ir largando esquina por esquina la terrible verdad: había secuestrado a su hija, la había violado y dejado en estado. Por muy bien considerada que fuera la familia Sarmiento, por muy importante y mucho patrimonio e influencias que hubiera cosechado a lo largo del tiempo, aquel testimonio pondría en entredicho todo lo que la rodeara, mucho más cuando las envidias la acechaban dispuestas a atacar ante la más mínima muestra de debilidad.

Fui obligada a contraer matrimonio con un hombre veinte años mayor que yo, destinada a parir y a satisfacer de este modo su extraño instinto paternal. Porque si había algo con lo que

nadie relacionaba a Octavio era con la palabra padre: ni tenía la paciencia necesaria como para tratar con otras personas (claro que "otras personas" no hacía referencia a niños) ni tampoco la fama de ser un hombre reacio a las fiestas y amante de ejercer el rol educador. Sorprendentemente consiguió compaginar a la perfección su papel como padre cariñoso con el de un marido maltratador y autoritario: tras besar a Carlitos antes de acostarse me echaba en cara la carga que yo significaba para él y la única razón por la que me mantenía a su lado: no sólo porque era la madre de su hijo y la mujer que debía de encargarse del hogar, sino también porque era su joven esclava sexual.

A la vez, Carlitos creció en un mundo paralelo que se desarrollaba en el mismo hogar donde yo, su madre, era utilizada como una propiedad. Lejos de sentir envidia, admiraba cada momento en el que Octavio le regalaba abrazos, sonrisas, palabras dulces y momentos de juego; aún ahora recuerdo esos instantes como el chocolate que, cuando hierve, lo contemplas e intentas guardar cada sensación que desprende, mientras imaginas cuán delicioso quedará el pastel finalmente. Pese a que aquel niño y su padre me habían robado la libertad y el resto de mis días, condenada entonces a ejercer el papel que me habían impuesto, mi única meta en estos ocho años fue mantener en pie la vida con la que ambos habían soñado, convirtiéndome así en la mejor madre del mundo y la mujer más dúctil y sumisa que cualquier esposo pudiera desear. Mantenerlos felices sería necesario, debía sacar algo de provecho por todo el sufrimiento que me habían hecho soportar.

Con el paso de los años, ambos se acomodaron y se acostumbraron a la paz que les proporcionaba mi sacrificio. Carlitos, por ejemplo, se creyó merecedor, pese a ser el fruto de una violación que él mismo desconocía, de los cuentos que le leía cada noche antes de dormir, de los consuelos que le susurraba cuando algo

le asustaba o de los cuidados que recibía cada vez que enfermaba. Octavio, por su parte, jamás se llegó a plantear si realmente era digno de disfrutar de todo lo que el día a día le estaba brindando: negocios fructuosos, un hijo por el que daría la vida, y la vida de una esposa sobre la que él podría decidir a su antojo. Creyó ciegamente en que la fortuna, incluso cuando se ha causado tanto daño a otros, continuaría como un galgo fiel a su lado.

Pues este es el día en el que el galgo ha escapado.

Con la respiración agitada y la piel cortada por los fieros latigazos del viento, me detengo. Acabo de oír los pasos apresurados de un par de mujeres del pueblo que murmuran, angustiadas y también animadas por tratarse de noticias frescas y morbosas, algo sobre Octavio. Me oculto en la oscuridad de un zaguán y escucho:

–Bernarda acaba de llegar a mi casa contándomelo todo: vio cómo el señor Sarmiento salía de su mansión, con su traje de color tizne *ensangrentao* hasta el cuello y su chiquillo, Carlitos, en brazos. Por lo visto la criatura no se movía, y tan lleno de sangre estaba que casi no logró diferenciar sus ojos en blanco.

–¡Dios mío de mi vida!

–Y no solo eso. Según me contó, al señor Sarmiento parecía que los ojos se le iban a saltar. ¡Además, me dijo que el pobre hombre gritaba y lloraba de tal manera que llegó a pensar que el mismísimo diablo se le había *metío* dentro, tan solo para arañarle las entrañas y torturarle el alma!

Nadie se acuerda de la madre del niño.

Observo desde la esquina donde me he refugiado cómo ambas se santiguan repetidas veces, muy deprisa, como si con ello pudiesen retroceder en el tiempo y borrar la desgracia. Las oigo luego murmurar que lo mejor sería avisar al médico del pueblo, don Agustín, y quizá también a don Mateo, el párroco.

Nunca, en todos estos años, intimé con Octavio en otro lugar que no fuera la cama, tan solo para que fueran satisfechas sus necesidades más asquerosas y detestables, pero al vivir bajo el mismo techo y observarlo detenidamente me puedo arriesgar a decir, con toda seguridad, que él no era la clase de hombres que esperaban y meditaban con frialdad cuando algo que les importaba estaba en peligro.

Sonríó satisfecha, porque nada de lo que intente Octavio, o el mejor doctor del mundo, podrá devolverle la vida a Carlitos. Apoyada en la pared de aquella casa, siento que mi alma se inunda de paz, porque lo que hoy me he atrevido a hacer no tendrá vuelta atrás, ni manera de arreglarse: matar a ese niño ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida. Jamás me pertenció, porque nunca lo quise ni lo deseé. Sin embargo, me doy cuenta en este momento que he cometido un enorme error, aunque no tengo ni idea de si se trata de un pecado, hace ya muchos años que dejé a un lado la salvación divina y la esperanza posada en un Dios hecho de aire. De lo que sí estoy segura es de que no debía de haber permitido que se alargara tanto en el tiempo.

Escuchando con claridad los latidos de mi corazón, intensos como el aleteo de un colibrí, y con la impresión de haber hecho algo realmente horroroso, me giro y comienzo a correr en dirección al lugar donde yace la única persona capaz de perdonarme. Con suerte, don Mateo aún no habrá sido avisado del trágico suceso que ha acontecido en la familia de los Sarmiento y, si me doy prisa, llegaré a tiempo de limpiar aquello por lo que he de arrepentirme.

Observo que cada vez más vecinos se dirigen hacia la suntuosa mansión, atraídos como buitres por la carroña y la expectativa. Aprovechando esa distracción, empiezo a correr hacia una callejuela retorcida, abandonada y sombría que se abre a mi

derecha. Los pies me pesan como el plomo y la respiración se me detiene en mitad de la garganta, como si algo le impidiese salir, pero mi cerebro tiene claro el mensaje: no dejar de caminar, no parar nunca.

Tropiezo y caigo de bruces sobre la nieve. Un desagradable sabor a comida podrida y orines se mezcla en mi boca con el aliento congelado. Consigo agarrarme al cubo de la basura para levantarme, pese a que la sangre de Carlitos se pega al metal. Mis pies continúan avanzando, perforando la nieve y haciéndola crujir. Mientras tanto, los gritos lejanos se cuelan por la callejuela. Por lo que escucho, varias mujeres parecen no haber soportado ver en primera persona el cadáver del niño. La voz autoritaria de un par de hombres, seguramente policías, impone orden, y una falsa tranquilidad, que en aquellos momentos ya ha abandonado el pueblo, se extiende largamente.

Desparramo la mirada ante mí y atisbo entre la penumbra la poderosa silueta del campanario. Siempre me pareció sorprendentemente alta, como si intentase tocar de este modo las nubes entre las que decían que se refugiaba Dios. A medida que me voy acercando compruebo que nadie anda merodeando por los alrededores de la parroquia, por lo que aligero el paso para llegar cuanto antes a la casa del Señor.

Poco después empujo la enorme puerta de la iglesia, que me esperaba entreabierta, con el peso de mi cuerpo agotado y sudado. Me golpea un intenso olor a incienso. Cuando contemplo el cálido interior del edificio, descubro que está vacío, por lo que sospecho que nadie ha reunido el valor, o la frialdad suficiente, como para ir hasta allí y comunicarle a don Mateo todo lo ocurrido.

Cierro la puerta y comienzo a andar sobre el frío suelo de piedra, topándome con la austeridad y la sencillez de la parroquia. Justo al frente, mientras marchó entre los bancos, me observa en

el altar el Cristo crucificado con una mirada fatigada tras cargar con su pesada cruz, pero tan profunda que rompe con mi piel endurecida por el odio y desentraña mi alma.

Me recuerda mucho a mí.

Examino sus manos y luego las mías, también llenas de sangre, pero no atravesadas. Él murió por nosotros... Yo maté por mí... En realidad, es cierto que algunos matices nos diferencian.

Giro la cabeza para buscar el confesionario y lo hallo en una esquina de la iglesia, solo y alejado; camino hacia él, lentamente, percatándome de pronto de que en algún momento extravié uno de mis zapatos. Está aislado y es de madera vieja y oscura. Reconozco que el examen de conciencia lo he abandonado no sólo en los últimos veinte minutos, también en mis últimos ocho años; el propósito de no volver a hacer lo que he cometido está más que asumido.

Me arrodillo y enfilo la rejilla del confesionario.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. ¿De qué te acusas, hija? —me contesta la voz grave y calmada de don Mateo.

Entonces cierro los ojos y sonrío sin fuerzas:

—De haberme dejado querer por ese niño, Padre.

AQUÍ VIVE GENTE
Josué Hernández Rodríguez

En el Carrer Sant Joaquim de Barcelona hay dos balcones. Bueno, en realidad debe de haber cientos, pero en concreto hay dos. Uno, casi al final de la calle, pertenece al piso de una pareja de jóvenes, el otro, justo enfrente, es el mío. En realidad no es mío, ya que para ser exactos pertenece al piso que comparto con mi señora, Antonia, y mi hija, Antonia, y que hemos pagado mi señora y yo con el sudor de nuestras frentes, como quien dice, pero soy yo quien pasa más horas allí, y allí, en mi balcón, me siento enteramente a mis anchas. Siempre me ha gustado tener allí mis plantas y mis cosas, y de un tiempo a esta parte salgo a fumar un cigarrillo. Al principio, cuando mi señora decretó que ya no se fumaba más dentro de la casa, debo reconocer que recibí la orden con cierto pesar, ya que a nadie le gusta que le gobiernen los vicios, pero mi señora es una mujer de armas tomar y además también fuma, de modo que me resigné. Sin embargo, no tardé en cogerle el gusto, sobre todo desde que los descubrí a ellos. Sí, esa es la palabra justa: fue un descubrimiento.

Una tarde, no sería el primer día que salí al balcón a fumar pero sí uno de los primeros, estaba mirando el goteo incesante que caía desde los helechos recién regados de la vecina del cuarto hacia la acera tres pisos más abajo –e incluso había empeza-

do a contar las gotas de puro aburrimiento como quien cuenta ovejitas antes de irse a dormir-, cuando llamó mi atención una luz, un reflejo, un movimiento fugaz en el edificio de enfrente, y asistí a una escena que aún hoy no sé cómo explicarme. Mire usted, a lo largo de estos años, prácticamente desde que llegué a Barcelona –en Almería, de joven, fui proyccionista y acomodador de un cine-, me he dedicado a hacer trabajos de albañilería o fontanería en casas y negocios –siempre procuro evitar la palabra que se suele utilizar en estos casos, ya que según la acepción del diccionario de la RAE se refiere a una “persona que hace obras sin arte ni esmero”-, y créame si le digo que he visto muchas cosas asombrosas, aunque ninguna comparable a la que pude ver aquella tarde desde mi balcón. Los altos portones del balcón del edificio de enfrente daban a una habitación no muy grande que debía de ser el salón, y de la que podía verse la mitad de una araña viejísima con al menos seis brazos de bronce de los que a su vez pendían varios lazos de cuentas de cristal, media mesa cubierta por un mantel de plástico estampado con motivos frutales, una silla de madera y una butaca tapizada en cuero verde. Al fondo del salón a la izquierda, justo enfrente de mi balcón, se abría el pasillo, y a lo largo del mismo se contaban varias puertas, a saber: la puerta del piso, la primera a la izquierda –seguida de un cuarto intermedio y en penumbra donde parecían reposar algunos sarcófagos o ataúdes de diferentes tamaños-, una puerta a la derecha, otra puerta a la izquierda, y al fondo del pasillo a la izquierda un marco sin su puerta y el principio de una galería acristalada que doblaba a la derecha. Sobre la mesa –y es aquí donde empieza lo raro- se adivinaba medio cuerpo de mujer, a juzgar por sus largas piernas abiertas, depiladas, blancas como la nieve. Al límite del encuadre asomaban unas bragas negras y un vientre plano, de *disseny*, como la *ciutat*.

Del pasillo irrumpió un joven alto, rubio, en pelotas. En la mano izquierda llevaba una sartén donde aún se freía algo; en la derecha, una espumadera. Estaba empalmado. Los ojos azules le brillaban de pura lujuria, o eso creyó mi mujer, ya que me dijo: Antonio, los ojos le brillan de pura lujuria. Fue entonces cuando reparé en su presencia a mi lado, embebido –según el diccionario Collins francés–español esta palabra sería un galicismo, pero me gusta– como estaba en la escena que tenía lugar a unos pocos metros de nuestras narices, y sin embargo como en otro mundo.

Así asistimos a aquella ceremonia algo enfermiza en la que el joven iba sacando paladas y paladas de patatas fritas, las dejaba escurrir hasta la penúltima gota de aceite mientras la respiración de la mujer se agitaba, y finalmente las iba dejando caer, y oíamos a la mujer chillar de dolor o de placer a medida que los bastoncitos rebotaban sobre su cuerpo desnudo, cubriéndolo del todo. Entonces me quemé los dedos con la colilla –diminutivo de cola– y sólo alcancé a ver las últimas embestidas, “pero fueron tan seguidas las últimas de las primeras que no se podía distinguir el trigo de la cebada, Antonio, hijo”, me comentó entre risas Antonia, mi mujer, ya en la cama, desvelados por el calor del agosto *barceloní* –una palabra catalana que a mi juicio debería adoptar el castellano aunque sólo fuera por cómo suena– y por las escenas tan recientes que parecían proyectarse en el techo del dormitorio. A mí me hizo gracia aquel comentario, porque en el fondo tenía mucho que ver con nosotros después de veintitantos años de matrimonio, cuando hacía tiempo que habíamos dejado de saber dónde empezaba mi brazo y acababa el suyo, y también me reí. “¿De qué te ríes?”, quiso saber Antonia. Le respondí que de nada, le di las buenas noches y me dormí.

Al día siguiente los jóvenes desayunaron a las once de la mañana, más o menos a la hora de mi quinto cigarrillo, y la pude ver. No era tan alta como había supuesto por la longitud de sus piernas la noche anterior, pero era alta y guapa, pero no como las presentadoras de los concursos o los programas de prensa rosa que pasan en televisión. Tenía algo. Además tenía el pelo castaño tirando a rubio, los ojos azules, los labios finos. Solía desayunar sólo con un vestido suelto que le daba frescura y dejaba intuir unas curvas turgentes –del latín *turgens, turgentis*–. Solían desayunar café o té, cruasanes –que él iba a comprar en cuanto se levantaba mientras ella le esperaba dentro del cuarto al que se entraba por la puerta del pasillo a la derecha, pasado el de los sarcófagos, muy probablemente en la cama, desnuda– y mucha fruta. Pronto decidimos ponerles nombres, que sospechábamos coincidían como por arte de magia con sus verdaderos nombres. A él lo llamamos David y a ella, Gloria. Cada vez fumábamos más.

Después de desayunar pasaban casi todo el día fuera de casa. Casi siempre era Gloria la primera en volver, ponía música clásica o pop y se dedicaba a ir de un lado a otro, o se sentaba a fumar un porro. Luego llegaba él y preparaban la cena. Las más de las veces, cualquier día de la semana, el piso se iba llenando de gente muy variopinta, la mayoría músicos, parejas, mucho guiri, mucho gay, mucho guiri gay y, de cuando en cuando, un japonés, y se sentaban alrededor de la mesa, brindaban con el vino que algunos habían traído, fumaban más porros, se reían mucho, alguien tocaba el saxo y David el violonchelo o una guitarra pequeña, como encogida, que debía de haber traído de algún país exótico. A veces incluso bailaban. Se divertían, vaya. Esas noches tanto mi mujer y mi hija como yo nos dábamos las buenas noches como con prisa, y se seguía oyendo el murmullo de la fiesta un buen rato hasta que nos quedábamos dormidos.

Un buen día los vi despedirse. Gloria llevaba una mochila de acampada a la espalda y David estaba todavía en pijama. Se abrazaron y ella salió, y él permaneció un rato más con la puerta entreabierta. Cerró con llave –siempre lo hacían al entrar y al salir, de lo que deduje que se habría roto el muelle del pestillo del picaporte– y al dirigirse hacia el balcón reparó en mi presencia. Se detuvo un momento. Parecía sorprendido, azorado, molesto. Intenté poner una sonrisa amistosa, pero ya no me miraba: había dado media vuelta, recorrido todo el pasillo y girado a la derecha por la galería del fondo, de modo que fui el único que vio a Gloria mirar atrás justo antes de doblar la esquina, calle arriba.

Pasaron días, puede que incluso semanas, no me acuerdo. Durante ese tiempo no dejamos de preguntarnos qué podría haber pasado. Antonia, mi mujer, aseguraba que habían roto, que los había visto discutir la noche antes; Antonia, mi hija, estaba convencida de que habían decidido tomarse un tiempo de descanso para pensar en sus cosas; yo, por mi parte, imaginaba a Gloria de visita familiar en un pueblecito del este de Alemania, no sé por qué.

Una noche, de madrugada, oí un murmullo abajo, en la calle, un murmullo como de cañería recién desatascada, justo después de abrir el grifo para comprobar la faena. Me alongué y pude distinguir las cabezas de ambos, sentados en el bordillo de la acera. Era agosto y hacía calor. David iba descamisado y parecía fuera de sí. Discutían. Por más que lo intenté, y a punto estuve de caer de cabeza al vacío, sólo pude discernir (*unterscheiden*, en alemán) unas pocas palabras sueltas de las que apenas podía deducirse nada. Al cabo de un rato se levantaron y entraron en el portal, pero nadie encendió las luces de la escalera ni entró en la casa. Diez minutos después se abrió de nuevo la puerta de madera del portal y salía Gloria, se despedía con la mano y

comenzaba a bajar la calle hacia la Travessera de Gràcia, y la puerta volvía a cerrarse.

Al día siguiente desayunaban juntos y era como si nunca hubiera pasado nada.

Algunas veces, por la mañana, salía en calzoncillos al balcón a fumarme el primer cigarrillo del día y allí estaba Gloria, sentada en una silla con las piernas apoyadas en el barandal de su balcón, tomando una taza de café o té. Entonces me daba vergüenza que me viera en paños menores y me enrollaba la cortina alrededor de la cintura, lo cual debía de parecerle bastante cómico, ya que me sonreía. Sólo entonces yo también le sonreía. Y nos quedábamos así, sonriéndonos y mirándonos, mirando y sonriendo, hasta que yo tiraba mi colilla o ella terminaba su café o su té.

A veces se iban por una larga temporada, salían por la puerta y subían la calle cargados con maletas, con toda probabilidad hacia la estación de metro de Fontana y de allí a Sants o al Prat, normalmente en verano y en Navidad, por lo que dedujimos que no eran de Barcelona, puede que paisanos, extremeños o de las islas, a pesar del aspecto más bien nórdico de ambos. Volvían a principios de enero o a finales de agosto. De repente los portones del balcón estaban abiertos de par en par o una luz se encendía sin previo aviso.

EL ORIGEN DE LA VIDA

Joaquín Ávila García

Únicamente en invierno es cuando mejor se vive en Arinaga, porque no hay viento y a nadie se le ocurre bañarse en el mar, excluyendo, claro, a los jubilados con problemas de circulación y a los que acuden a entrenar todas las mañanas. Sin embargo, a mí me gusta bañarme por placer, sentir que solamente es mío, mirar el contoneo de sus olas, admirar la crispación que suscitan cuando restallan contra las rocas para luego ser acariciadas por la efervescente espuma que recorre el callao. La vida frente al mar es un paraíso en el que todos los sentidos se animan a buscar su paisaje, su olor, su sonido, su calor, su frío, incluso el gusto a sal que se queda en las comisuras cuando permaneces largo rato frente a él. Y si digo él, es porque el mar es alguien que te cuenta su historia mediante ciclos, mareas y tormentas; es un dios que establece sus reglas, aunque no es el Neptuno romano ni el Poseidón de Ulises; es el verdadero Dios de la tierra, el que dio origen a la vida, del que salieron los humanos, los animales y las plantas cuando apenas eran un inciso de vida.

Como ya dije, el invierno es la estación idónea, tiempo en el que trato de impregnarme todo lo posible en las aguas de Arinaga. Suelo levantarme pronto, cuando el sol todavía no recorre todo lo que ven mis ojos y antes de que la calidez de sus rayos comience a calentar mis extremidades. Desayuno leche,

pan y mermelada en la cantidad exacta para no encontrarme abotargado cuando surque la ola. A esas horas sólo llevo bermudas, descalzo y a pecho descubierto para apreciar cada uno de los fenómenos que transitan alrededor de mi piel. Separo la tabla de surf de su triste esquina y la ensillo con el wa, la crema que permitirá que me suba a su lomo y no me haga resbalar. En los días fríos de verdad hago buenos calentamientos para no sufrir una lesión cuando me adentre en lo profundo, y más aún si hay reboso y la ola se aleja de la costa. Antes de lanzarme con la tabla, prefiero entrar solo en el mar, donde el hombre vuelve al lugar donde nació. Me zambullo rápido para no pasar por la tortura de lo gélido, sumergiéndome hondamente, avanzando hasta donde los pulmones dan cobertura. Luego salgo a la superficie y nado con vigor hasta las boyas de la zona de bañistas, lugar del que vuelvo exultante de energía, con el corazón maltratado por las palpitaciones y una sensación de dicha que pocos mortales sentirían.

Una vez en la arena, sí que tomo la tabla, dedicando horas a mejorar la técnica, el estilo, las filigranas... pero sobre todo a compartir mi libertad junto al mar. Cuando vuelvo a casa, empapado de pies a cabeza y los flecos ocultándome la mirada, me vuelvo a bañar con la tabla, sólo que ahora el agua es dulce. Todos los días cumplo con la dedicación que me hace feliz, la que me da la dicha en los momentos negros y sin la cual no completo el equilibrio. Hablo del mar, por supuesto, porque aunque el surf me sacia, el piragüismo, la pesca, la natación... también repercuten directamente en mi recreo. Estos son los *hobbies* a los que rindo pleitesía por ser hijos del mar, y sin embargo debo aceptar que hay uno que los sobrepasa a todos juntos por su intimidad con el mar, que no es otro que la apnea. Margullar en lo hondo de sus misterios, de sus fondos, admirar sus corales, tocar sus criaturas, dejarte llevar por sus corrientes; gozar de una

forma inimaginable en su interior, conociéndolo como se conoce a un hijo o una esposa, dialogar entre iguales, el mar y el hombre unidos en una perfecta simbiosis en la que no se usa oxígeno para demostrarle que formas parte de él, porque seguir respirando es aceptar la custodia de la atmósfera.

–¡Alberto, te tengo dicho que no entres mojado en casa!

–Perdona abuela, olvidé la toalla y fuera hacía mal tiempo.

–Pero ¿cómo no va a haber mal tiempo si estamos en pleno invierno? Este niño no está bien de la cabeza– terminaba por decir la abuela.

Vivía sólo con la yeya y papá que, eran los únicos tutores que realmente me cuidaban, porque mi madre ya hacía mucho que nos había abandonado y era mi padre el que se ocupaba del aspecto educativo.

–Hijo, ¿cuándo vas a dejar de salir con estos temporales, que un día te nos vas a ahogar?– me aconsejaba.

–No te preocupes papá, que yo soy buen nadador y además con la tabla y las boyas no hay nada que temer.

–Bueno hijo, en fin, tú sabrás; mientras me apruebes... – y entonces ya sabía que tenía el campo libre para disfrutar todas las vacaciones en la playa.

Pasados los días llegaría la mañana de navidad, de la cual desperté jubiloso porque sabía a ciencia cierta que me iban a regalar tubo y gafas nuevas, que con las viejas se veía todo empañado y al tubo lo tenía que estar achicando como si fuera un cachalote de tanta agua que entraba por la boquilla. Abrí el regalo con celeridad, pues ya estaba deseando estrenarlo, encontrando en su interior lo que había pedido todos los años desde que tenía uso de razón.

–¡Un tubo y unas gafas!, gracias papá, gracias yeya –les dije entusiasmado–. Venga, me voy a estrenarlo, adiós –y salí a toda

prisa por la puerta con el bañador puesto y las aletas colgando de la otra mano.

—¡Un día va ocurrir una desgracia! Por Dios, este niño no esta bien de la cabeza —volvía a repetir mi abuela como el santo y seña de cada una de las veces que me metía en el mar.

Aquella mañana el cielo estaba radiante, límpido, despejado de toda nube, sencillamente era un día espléndido en el que el sol refulgía con dignidad sobre ese maravilloso mar que en esa época del año me pertenecía sin discusión. Lavé mis pies en la orilla, donde me ponía los escarpines, para que no se metiera ninguna piedrecilla odiosa de esas que logra que tengas que quitarte la aleta en lo profundo, con la labor que cuesta, teniendo que remar solamente con una pierna mientras usas los brazos para calzar la otra aleta nuevamente.

Ajusté la medida de las gafas, limpié bien el tubo, porque quién sabe las manos que se habrán posado sobre éste, y me lancé rumbo a mi destino, mi libertad, mi madre *La Mar*, la que jamás dejaría que me pasara nada. Nadé mar adentro durante mucho tiempo, pero no como un ejercicio, sino como un paseo de paz en el que observaba minuciosamente cada una de las especies que braceaban conmigo en esas aguas azules, cristalinas... excesivamente concentradas de sal por la ensenada que formaba el enorme muelle del polígono y el viejo muelle chico; enclave tradicional que durante años fue cobijo de pescadores y hoy sólo es resguardo de jóvenes, que con sus toallas y porritos han borrado por completo el folclore arinaguero.

Di una gran batida a todo el arrecife, una razzia en la que buscaba caracolas, esqueletos de erizo, abanicos de mar, e incluso si había suerte algún centollo. Solía llevar una bolsa para tomar lo que para mí eran auténticos tesoros del mar. También poseía un fusil y una fija, pero no solía usarlos porque, aunque el pescado hay que comerlo, a mí no me ha gustado ser verdu-

go de peces ni de cangrejos. Quien no haya visto un arrecife con la marea alta, no a visto el mar; cientos de peces, qué digo, imiles, millones de peces! que aletean en un constante baile preconcebido por la evolución, en el que nunca dejan de rondar sus presas; los grandes como naves nodrizas en medio de su etéreo espacio y los chicos rápidos, ágiles, nerviosos; siempre de aquí para allá, para que no los capturen, quedando finalmente los de color, los que te dicen que “el que avisa no es traidor”, pues si me comen pronto desearán no haberlo hecho.

Finalmente llegaría al punto de comienzo, donde iniciaría mis maniobras de inmersión. No engañaré a nadie, no soy ningún *apneísta* profesional, sino más bien un chico que lo hace por afición, querer descubrir un mundo que dejamos cuando se acaba la tierra y donde comienza el océano. Mi récord no pasará de los diez metros con aletas, que comparados con la última marca mundial de 214 metros por Herbert Nitsch en Grecia, como que lo mío es intentar no ahogarme en una piscina infantil. Al menos me reconforta pensar que yo lo hago sin ayuda de nadie, con el mar como única compañía.

Hoy bajaré poco, sólo unos siete metros para poder tocar las grietas volcánicas e intentar atrapar uno de esos enormes erizos que permanecen en la superficie de las rocas. Tomo algunas bocanadas de aire, por lo general tres, muy profundas para oxigenar bien el cuerpo y tener el aire suficiente en los pulmones para así poder disfrutar del fondo. Una, dos y tres, y me sumerjo en lo que se podría llamar inmersión libre, en picado, como un kamikaze que toma la vertical para llegar lo antes posible a su objetivo. A partir de los tres metros me comienzan a doler los oídos, ese pitido que todos hemos sentido alguna vez cuando la presión es alta, pero no pasa nada porque ya estoy acostumbrado, y a la par que bajo, me taponó la nariz con una mano y expiro fuerte para evitar el taponamiento de los tímpanos. Me pre-

gunto qué hubiera dicho Pascal sobre esta clase de presión, si como creo, nació en Auvernia y murió en Paris, ambos lugares en los que *La Mar* le quedaba muy lejos. Supongo que, como para todo, tendría un laboratorio, al igual que el nadador tiene piscina cubierta o el futbolista un campo, pero yo no tengo nada de eso, únicamente un inmenso océano para mí solito en el que poder experimentar sus presiones, sus corrientes, sus temperaturas, sus colores... incluso su belleza, el arte de lo efímero; los bancos de peces formando tornados, contornos, sombras, dibujando obras que se pierden en segundos y que si no los ves en ese instante, se pierden para siempre. Una vez en el fondo todo es danza, libertad, expresión; me doy la vuelta, giro sobre mí mismo, poso la espalda en la roca, espanto a un pez lagarto, tomo arena, todo esto en tres minutos de unión con el mar, para finalmente invertir el proceso, acuclillándome sobre el fondo e impulsándome con energía hacia la superficie donde *Helios* me espera para contemplar mi hazaña.

—¿Dónde has estado hijo?, me tenías preocupado con tantas horas metido en el agua.

—Nada papá, yo tengo el mar controlado, para mí nadar es como caminar.

—Sí hijo, pero los hay que caminan por malos caminos y terminan enriscados— decía mi padre como advertencia.

—Ya, pá, sé lo que quieres decir, pero eso siempre es un riesgo que cada uno tiene correr en la vida, y no por ello vas a dejar de hacer lo que te gusta —intenté excusarme.

—Vale Alberto, tú sólo procura no estar tanto tiempo seguido dentro del mar, que ni usas traje de neopreno y el agua en esta época juega malas pasadas.

Otra vez el discurso de siempre. Si supiera que el mar ha sido durante milenios el proveedor de todas las grandes civilizaciones del mundo, ya fueran fenicios, vikingos, japoneses, españoles,

ingleses... y que sin su materia prima, el mar, no hubieran durado ni un lustro como potencias... Bueno, ya puestos en el tema, creo que es hora de poner en marcha mi próximo plan.

El dos de enero ya lo tenía todo preparado para experimentar con el invento que había diseñado durante una semana. Era un artilugio bastante cutre, pero había sido de creación propia y ya por eso tenía algo de mérito. El objetivo era alcanzar los veinte metros de profundidad en la *Playa del Cabrón*, y la manera de conseguirlo no iba a ser sin oxígeno, sino que traicionaría parcialmente mis principios de *apneísta* y trataría de llegar a dicha profundidad mediante una bomba de aire que yo mismo había inventado. El ingenio consistía en una manguera de un grosor considerable pegada con cinta por un extremo al orificio de salida del tubo que me regalaran en navidad. El otro extremo de la manguera iría atado al interior de un flotador tipo *donut* en la superficie, para que pudiera entrar el aire a modo de chimenea o periscopio sin que le entrara ni pizca de agua. El sistema de buceo no era novedoso, más bien era igual al que se utilizó hace décadas, sólo que el mío no necesitaba escafandra. Primero intenté respirar a través de la manguera de veinte metros, lo cual se hizo imposible por la fuerza que había que ejercer con los pulmones, pero luego, tras romperme mucho la cabeza, recordé algo que había visto en una película. Ésta se titulaba "La Gran Evasión", en la cual un grupo de prisioneros de guerra trataban de escaparse de una prisión nazi y para ello debían construir un túnel por debajo del campo de concentración. El meollo de este análisis radicaba en que ~~Steve McQueen~~ y Charles Bronson, ambos prisioneros, fabricarían una bomba de aire manual que con el manejo de un solo hombre era capaz de dar oxígeno a todo el túnel, y mira que era grande. La idea no era mala, y por eso la copiaría para hacer una bomba de aire muy parecida a la del film, aunque ésta había sido modificada para el mundo sub-

marino. Al final había creado una bomba con forma de fuelle manual o, porqué negarlo, parecía una zambomba que había que mover de arriba abajo y viceversa para que el aire fluyera a lo largo de la manguera.

Ese mediodía había sido el elegido para tomar contacto por vez primera con el buceo experimental, en el que la autonomía sería plena y además manual, sin barcos que remolcasen ni bombonas para regular el oxígeno. Sería una experiencia única y solitaria una vez más, con el mar como único aliado. Primero llevaría todo el instrumental a la arena, donde con una roca introducida en una mochila vieja y atada a la espalda tendría el peso suficiente para perder flotabilidad y así poder caminar por el fondo. Lo coloqué todo encima del *donut* y, empujando con las aletas, me alejé de la orilla hasta haber alcanzado los doscientos metros de distancia, colocándome en las boyas de seguridad que, si te llevaba la corriente, podrías sujetarte a ellas en caso de peligro y volver hasta la costa reptando a través de la cuerda que las unía. Primero até el flotador a la cuerda de las boyas, y consiguientemente desplegué los veinte metros de manguera que en gran medida quedaron flotando a mi alrededor. Lo positivo es que el día era magnífico, no soplabla viento y el mar estaba como un plato. Por lo tanto, el lugar y el día eran idóneos para la operación "Inmersión Villa de Agüimes", nombre con el que había decidido bautizar el plan. Con las gafas observé el fondo, atisbando que no había nada que temer; suelo volcánico, sin rocas que entorpecieran y, avanzados unos metros, un inmenso desierto de arena que se perdía en la distancia bajo el mar. No habría más de doce o trece metros de profundidad desde donde me encontraba, y aunque no eran los veinte que tenía previstos, tampoco era mala marca siendo, como lo era, mi primer viaje al mundo submarino, que de haber sido contemporáneo de Julio Verne, probablemente al protagonista de su obra le hubiera llamado *Alberto* en vez de *Nemo*.

Ya decidido a comenzar mi aventura, me tiré del flotador e intenté bajar varios metros con las aletas, el tubo y la manguera, todavía sin el peso extra que seguía atado en la plataforma de salida. Intentaba bajar y respirar a la vez pero no resultaba; mi cuerpo flotaba demasiado, tenía que destupirme los oídos, accionaba la bomba... pero ni con toda la fortuna del mundo fui capaz de bajar dos metros y menos aún respirar. Pensé que la manguera debía mantenerse estirada para que no quedara obstruida y pudiera circular mejor el aire, pero para ello debía bajar con el peso de la mochila y de esta forma no volver a subir por culpa de la flotabilidad. A la segunda va la vencida, me dije sin mucho entusiasmo, y bajé poco a poco con la mochila atada a la espalda y agarrado de la manguera para controlar la caída. Logré equilibrar la presión, expirando con la nariz bloqueada, hasta que por fin llegué al volcánico suelo. Realmente había bajado sin respirar, a la manera de un *apneísta*, y eso me entusiasmaba, pero no lo pensé demasiado. Una vez estirada la manguera comencé a darle a la bomba para que transitara el aire por el tubo, pero no sucedía lo previsto. Pasaron varios minutos y nada, aspiraba y aspiraba con fuerza para ver si entraba algo de oxígeno y sin embargo no conseguí tomar ninguna bocanada por mínima que fuera. Calculé que ya era momento de subir a la superficie, cuando percibí que algo fallaba, estaba mareado y la cabeza parecía que se me iba. Intenté subir, pero las aletas no me daban impulso, tonto era yo que no me quité la mochila, hasta que ya dejada en el fondo traté de subir faltándome aire para los metros que aún me quedaban, poniéndome nervioso, perdiendo la dirección del sol, pues había quedado cegado por el mareo. Creí que iba a morir en aquel mismo instante, que todas las advertencias de mi padre y la abuela eran ciertas yiqué estúpido de mí que nunca les hice caso y ahora iba a pagarlo con la vida! Luchaba contra la muerte, contra el ahogamiento, respiraba y tragaba únicamente agua, busqué un golpe de conscien-

cia en mi cabeza y aleteé con todas mis fuerzas en una dirección, hasta que por fortuna llegué a la cima, una muy peculiar que tenía forma de *donut* gigante oscuro y que una vez agarrado a él permanecería no recuerdo cuánto tiempo unido al objeto que había recobrado su principal función: la de un salvavidas.

Al tocar la arena no podía creerme que hubiera salido con vida de ese entuerto. Estaba agotado por el regreso, con las piernas atrofiadas y débiles por culpa del pánico. Una sensación de fobia al mar acababa de inundarme. No sé cuantas veces besé el suelo que en tantas ocasiones deseché y en el que ninguna ventaja le encontraba. ¿Qué había pasado?, ¿qué salió mal? Era la primera vez que el mar no me arrojaba, ni me protegía y ni tan siquiera me procuraba ocio, únicamente me había dado un palo, una lección que jamás volvería a olvidar. Debía haber unos cuatro kilómetros hasta mi casa, que venía a ser en la playa contigua. Treinta minutos de desamparo, de tragedia, de odio; cientos de motivos para no querer volver al mar, y a mi vez alegría; un deseo indescriptible de volver a ver a los míos, a papá, a la abuela, incluso al capullo que siempre me incordiaba en clase. Entonces comencé a correr, sentía que si no llegaba pronto a casa mi padre se preocuparía, y eso era algo que ya no quería que pasara.

Había oscurecido muy pronto, creía, para la hora en que salí, tal vez habría estado más tiempo del que mentalmente recordaba y por eso ya había anochecido. Abrí la puerta y corrí a buscar a mi familia en el interior, miré en la sala, en la cocina, en sus habitaciones, porque a lo mejor dormían, pero allí no había nadie, ni papá ni la abuela. Pensé que habrían salido de urgencia por la muerte de un familiar o quién sabe si la abuela había recaído otra vez de pulmonía y estaba ingresada. Llamé al móvil, pero nadie contestó, optando por esperar tranquilamente y pensar en lo que había ocurrido esa tarde. Abrí la nevera y vi un len-

guado al que no quise ponerle la mano encima, con un olor que me recordaba a la muerte, a la tragedia que podría haber sucedido de no haber tenido la suerte de que mis pulmones aguantaran unos segundos más. Al final opté por la carne y algunas papas congeladas, todo ello degustado con un tibio cacao que me reconfortaría a la hora de dormir.

A la mañana siguiente escuché voces, muy temprano, yendo inmediatamente hasta la cocina, donde encontré sentados a los dos únicos miembros de mi familia.

–Hola papá, hola yeya –les saludé como si hubieran pasado años desde la última vez que los viera.

Ninguno de los dos hizo gesto alguno para darme los buenos días; seguro que había ocurrido una desgracia o había muerto alguien, viendo cómo estaba de riguroso luto la abuela.

–Abuela, ¿es que ha pasado algo? –pero ella no contestaba.

Me había sentado junto a ellos, en mi sitio de siempre, y pareciera que me ignorasen. Ahora lo comprendía, estaban enfadados por mi aventura de ayer, por las horas que permanecí fuera y no dije tan siquiera a dónde iba.

–Papá, ¿qué te pasa?, ¿por qué no me hablas? – y nada, ninguno de los dos se dignaba a hablarme –. ¿Es que he hecho algo malo? No sé, papá, dime algo, ahora sí he aprendido la lección, ya no volveré a irme solo a practicar mis *hobbies*, intentaré protegerme en la mayor medida posible, papá, perdóname por favor...

Entonces mi padre miró hacia donde yo estaba y dijo:

–¿Cómo es posible que no me hicieras caso hijo?, una vida por delante y tú haciendo locuras–, y entonces rompió a llorar como nunca lo había visto, exceptuando la muerte de mamá, cuando el cáncer se cebó con su salud y ya nada se pudo hacer.

–Papá, no llores, por favor, dime lo que te ocurre – pero seguía sin decirme nada, solamente mirando el periódico, leyen-

do una y otra vez la portada. Al final lo dejó en un borde de la mesa y se marchó de la cocina.

Estaba triste, apenado por el disgusto de mi padre, pero aún no entendía el motivo. Tomé el periódico y lo desdoblé para ver qué decía la portada: *“Un joven de 17 años aparece muerto en la Playa del Cabrón... se piensa que su muerte tenga relación con deportes náuticos de riesgo a los que el muchacho era muy aficionado...”*. Dejé de leerlo de inmediato, asombrado por la terrible noticia, estaba claro que era un error, y es por ello que mis tutores estaban tan enfadados. ¡Abuela, perdóname, no te volveré a dar un susto así, vale, por favor háblame...! Pero ella no me hablaba, seguía ensimismada en su mundo, como si tuviera un Alzheimer repentino y hubiera perdido por completo la noción del tiempo y el espacio.

Salí de la cocina a buscar a mi padre, abriendo la puerta de su habitación sin permiso, encontrándolo allí, sentado en la cama. ¡Papá!, ¡papá!, ¿por qué no me perdonas?, ¿no ves que estoy aquí y que no me ha pasado nada, que todo es un error de la prensa?, porque tú sabes que yo siempre tengo cuidado. Y ni aún con súplicas me respondía.

–¡Por qué, hijo mío, con lo buen chaval que eras...! – decía como para sí mismo, y entonces del armario sacó su vieja escopeta de caza, la cual no usaba desde hacía años, después de que muriera mamá y le cogiera repudio a la muerte. ¡Pero qué haces, papá, suelta eso!, y le agarré de un hombro para evitar que hiciera una locura, siendo consciente en ese mismo instante de que había muerto en el fondo del mar al que tanto quise y ahora su traición se representaba en esta horrible pesadilla. ¡Papá, no lo hagas!, le grité con todas mis fuerzas, pero el siguió en su mutismo, cargó la escopeta con un único cartucho y disparó contra su pecho. ¡Nooo!, lloraba abatido; ¡Dios por qué me haces esto!, no me hagas sufrir más, déjame morir ya...

–¡Alberto!, ¡Alberto!, despierta hijo mío, me decía mi padre mirándome a los ojos.

–¿Cómo?, papá, papáaa, ¡estás vivo! – le decía contentísimo y con los ojos cubiertos de lágrimas que ardían.

–Hijo mío, por fin despiertas, has estado dos semanas en el hospital, inconsciente, ¿recuerdas? – me explicaba.

–Pero ¿cómo?, si yo salí solo de la playa e incluso volví a casa, donde ni la abuela ni tú me respondíais.

–No Alberto, todo eso que dices ha sido un profundo sueño del que acabas de salir.

–Yo diría una pesadilla, papá, pero cuéntame por qué estoy aquí.

–Sí hijo, el día que saliste con tu invento, sí que pensé que ahí no las tendrías todas contigo y que por una vez tenía que ver alguno de los *hobbies* que tanto te apasionaban. Tú no te percaste de que te seguía, y cuando entraste al agua con aquello casi me da un ataque en el que no sabía si reír o preocuparme por el poco juicio que te quedaba en ese cerebritito lleno de sal. Una vez te metiste me puse a esperar a cierta distancia, hasta que empezaste a tardar y tardar y entonces es cuando reparé en que la cosa no iba bien, saliendo a toda prisa hacia la playa para llegar finalmente y nadar hacia donde se encontraba el flotador. Ya pensaba que te había perdido para siempre, Alberto... respiré hondo y bajé a riesgo de perforarme los tímpanos, sumergiéndome hasta el fondo en donde te encontré casi ahogado, con gafas y una pesada mochila amarrada a la espalda. Terminaría agarrándote por la cintura y subiendo gracias a la manguera, que aguantó el peso de los dos, afortunadamente.

–Pero papá, si ya no respiraba, ¿cómo es que sigo vivo? – le preguntaba atónito al escuchar mi suerte.

–Hijo, sin duda estabas hecho para el mar, los médicos dijeron que si habías sobrevivido se debía a la capacidad pulmonar

que desarrollaste en tus años de prácticas en el mar– terminó por decirme.

Palidecí escuchando el relato de mi odisea, el mar pudo haberme quitado la vida, y sin embargo decidió que todavía debía disfrutar en él, de su paisaje, su olor, su sonido, su calor, su frío, el gusto a sal...



ÍNDICE

SANGRE BAJO METAL.....	11
<i>Lorena Navarro Henríquez</i>	
AQUÍ VIVE GENTE.....	23
<i>Josué Hernández</i>	
EL ORIGEN DE LA VIDA.....	31
<i>Joaquín Ávila García</i>	

Este libro se elaboró
con las tipografías Zapf Humnst, Frutiger y sus variantes.
Se terminó de imprimir el 14 de noviembre de 2008.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



927505

BIG 860-3 NAV san

COLECCIÓN
VERBOVIVO

6